

Acerca de la geroantropología Y llovieron viejos

Arturo Emilio Sala *

*"Murió el supremo engaño
de creerme yo eterno..."*
Leopardi

I. Reflexiones

Hasta hace poco tiempo atrás, se nos presentaba a la vista lo que a los otros les ocurría.

Los medios de comunicación y el conjunto de la sociedad parecían esgrimir frases tales como:

- ...frente al sospechosamente desaparecido: "en algo estaría".
- ...frente al loco: "hay que ver cómo vivió ¡También esa familia!".
- ...frente al delincuente, abatido: "se la buscó".
- ...frente al malquerido: "¿Qué hizo para que lo quieran?"
- ...frente al adolescente: "ya crecerá".
- ...frente a los desocupados: "¡No quieren trabajar!".
- ...frente al exiliado: "son ilegales, vienen a robar trabajo".

Los dispositivos narrativos que intentan legitimar los beneficios de la globalización son ideológicamente isomorfos. Las artes de las sociedades globales, polifacéticas, exacerban la producción de excluidos, innecesarios, improductivos, excretas del sistema, sobras. La lógica es implacable. Se esculpen las nuevas terminologías: *tasa neta de humanidad excedente*. Desocupados, discapacitados, jubilados, estos diversos rostros del exilio interno son las nuevas formas de producir desaparecidos.

A la circulación social de jóvenes, delincuentes, adolescentes, piqueteros, niños, mendigos, refugiados, locos, discapacitados, veteranos de siempre alguna

guerra, embarazadas, ilegales y mal entretenidos, señoras y señores a la salida de La Opera, señoras y señores tirados semi-dormidos, semi-hambrientos, semi-humanos en el camino de los señores y las señoras, imperceptiblemente empezaron a colarse en los desfiles del día y de la noche, de las abundancias y las miserias, en los caminos del *Gran Teatro del Mundo*, viejos, abuelas, senectos, abuelos, ancianos, tercera edad, cuarta edad. Héroes de plata, las más de las veces sin un cobre.

La modernidad antes de consumarse había logrado excluir de la vida a la muerte, sus pompas y sus fastos, disimular a los viejos, no eran tantos. "Y yo ni quiero pensar... Llegado el momento me suicido"

Es bello literaturizar cuando los protagonistas son los otros, sus sombras y sus agonías, aunque en ellos nos esforcemos en negar a nuestros propios fantasmas. Reconocer la otredad en nosotros, poder contarnos o narrarnos desde las diversas estaciones de nuestras metamorfosis –biológicas y espirituales– era impensable o indeseable como las pesadillas. Hasta que...

...los refugiados son un problema de Estado para la Unión Europea,
...los excluidos son un problema para los que se preocupan por ellos,
aunque la violencia y la inseguridad... habría que pensar qué hacer.
...los estallidos sociales son una bomba de tiempo.
...¡Y llovieron viejos!

Por aquí y por allí no dejan de caer. Hasta en Portugal un médico psiquiatra escritor de un importante manual de inquisidores contemporáneos, descubrió:

Centenares de viejos en la plazoleta de Alvalade encaramados en los edificios, encaramados en las farolas bajando por el tobogán, bailando en el columpio por encima del césped azul, centenares de cuervos antiquísimos no en la quinta, en la huerta, en el pomar, en el cobertizo del tractor, no en el bosque de hayas, en el sótano de Alvalade, que se burlan de mí en el sótano de Alvalade, viejos con falanges como zarcillos de patas, mandíbulas como picos, miembros como harapos de alas, viejos con plumas erizadas escarneciéndome, el médico también parecido a un cuervo, escribiendo la receta, extendiéndome la receta.¹

La Organización de las Naciones Unidas informa: desde 1950 los mayores de 60 años no eran más de doscientos millones. Hasta hoy la población de más de 65 años ha aumentado del 8 al 14 % del total de la población, las tendencias indican que para el 2050 podría llegar al 25 %. Para el 2025 se esperan mil doscientos millones de ancianos. La expectativa de vida en 1900 era de 47 años. En 1993 llegó a los 78, y se espera que para el 2025 haya alcanzado los 110.

Tratados muchas veces como un institucional magma indiferenciado, los viejos siguen siendo *pasivamente* sentados:

...con una manta en la rodilla (...) para merendar en el sofá de la salita en medio de los restantes espantajos, cada cual con su manta en semicírculo frente a la telenovela, sin distraerse de los episodios, sin emitir sonido, los espantajos sin dientes o con un único diente a los que era necesario alimentar como a bebés vetustos gritándoles al oído – Ay, esa boquita cerrada (...) esa boquita que no quiere comer hasta que el fuelle de uno de ellos se callaba sin aviso como se calló la cortadora de césped y lo sustituían a la semana siguiente por un espantajo idéntico también incapaz de hablar también con manta (...) la edad acaba emparentándolos, las manos, la nariz, la frente, el cuerpo, los pelos del pecho, docenas y docenas de espantajos con el orinal en la ingle (...) espantajos babeantes de arroz, pasta, caldo, lavados con una esponja, secados con polvos de talco, afeitados los sábados con las costillas en danza dentro del traje enorme con la corbata en danza con el cuello torcido...²

Realidad cotidiana de muchos asilos y geriátricos, las más de las veces depósitos de viejos. Micro-lagers barriales, donde la práctica concentracionaria prosigue su tenaz intento de borrar, anular, cancelar molestas diferencias con misericorde hipocresía. ¡Pobres abuelos! Polifarmacológicamente bien dopados, aniquilados afectiva y físicamente. Silenciosa y pulcramente continúan integrando la larga marcha de desaparecidos.

Las políticas asistencialistas tendieron a reducir a la gente a la condición de receptores pasivos, obligándolos a dejar de tomar parte activa en el tratamiento

y resolución de sus propios problemas y necesidades. Ivan Illich sobre el tema señaló:

La recuperación del obrar autónomo no depende de que la gente comparta nuevos objetivos específicos sino de que utilice los procedimientos legales y políticos que permitan a los individuos y a los grupos resolver los conflictos que le plantea su empeño de lograr objetivos diferentes (...) Una atención sanitaria mejor no depende de alguna nueva norma terapéutica sino del nivel de buena voluntad y competencia que se pone en juego en el cuidado propio.³

La tenacidad puesta por nuestros mayores por cuidarse y sobrevivir con dignidad y esperanzas nos recuerda a Cacciari al reflexionar sobre las figuras del otro en Occidente:

El hombre verdadero concilia en sí mismo ética de la convicción y ética de la responsabilidad. Pero nadie puede ser capaz de trazar una ruta hacia este hombre, y ni siquiera se debe seguir una ética más que la otra. En realidad, las dos éticas conviven en lo mismo, y justamente en su absoluta inconciliabilidad. "Héroe" será, entonces, no quien supera la contradicción, sino quien la padece de este modo de manera más consciente: aquel que experimenta constantemente cómo las propias esperanzas naufragan contra la inercia de la "máquina", y al mismo tiempo sabe que ninguna de sus experiencias podrá realizarse jamás si no es a través del obrar "sin alma" de esta última; aquel que es capaz de "resistir" también frente al extremo fracaso, y se juega totalmente a sí mismo en el plano de la efectualidad.⁴

El Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC) estima que para el 2010 el 10,3 % de la totalidad de los habitantes de nuestro país superarán los 65 años, pasaremos a ser entonces, luego de Uruguay y Cuba, quienes tendrán mayoría de ancianos en América Latina.

Sociedades plateadas, síndrome de floridización, metaforizaciones que denuncian negaciones o criminales improvisaciones en tanto no se reorienten solidaria y creativamente las políticas sociales.

En la Argentina, las personas mayores de 65 años han superado el 7% –límite fijado por las Naciones Unidas para definir a las poblaciones más envejecidas– en las principales ciudades del país. Ello nos habla de la concentración de mayores en los centros urbanos de mayor densidad poblacional. En la Capital Federal el porcentaje es el más elevado del país: 22 %. En el Gran Buenos Aires: 13 %.

Por otra parte, Argentina va teniendo cada vez menos jóvenes, tendencia que se irá acentuando en los próximos 50 años, momento en el cual los menores de 15 años representaran el 19,71% y los mayores de 65 años llegarán a ser el 17,82%, con una expectativa de vida de 80,4 años. Las mujeres serán más longevas que los hombres en tanto alcanzarán los 84 años, los varones se calcula que en término medio no superarán los 76,9 años de vida.

II. Conversaciones

Sí, son números. Pero la vejez ya es mía. No es el otro, es mi rostro, y la comunidad que viene se nos anticipa. Los viejos también hablan, si los escucháramos...

Edgar Morin nos cuenta:

Y ahora, envejecimiento y rejuvenecimiento entremezclados, siento en mí todas las edades de la vida. Soy la sede de una dialógica incesante entre infancia/adolescencia/madurez/vejez. He evolucionado y variado siguiendo siempre esa dialógica. En mí se unen, pero también se oponen, los secretos de la madurez y de la adolescencia. Me hago de vuelta la pregunta (...) ¿Qué resta de ti? ¿Te has convertido en poroso, roído, escamoso, esponjoso? ¿Te has templado, endurecido, blindado, desmenuzado? ¿Has resistido la lenta deriva de la edad? ¿Has conseguido los secretos de la madurez sin perder los secretos de la adolescencia?.⁵

Norberto Bobbio se entromete en nuestras reflexiones y responde:

La vejez no está escindida del resto de la vida anterior: es la continuación de tu adolescencia, tu juventud, tu madurez. Escribe el poeta (Dylan Thomas) La juventud llama a la vejez a través de los años agotados: ¿Qué has encontrado?, le grita, ¿Qué has buscado?. Lo que tú has encontrado, responde la vejez, llorando: Lo que tú has buscado.⁶

Sí, lo comparto. Sin embargo, en la mayoría de los viejos en nuestras sociedades sigo viendo los ojos desolados del exiliado, del excluido, del –por decreto– despojado de su actividad. Veo las *nudas* manifestaciones de piqueteros viejos ante Congresos mudos por cómplices y corruptas conveniencias.

Augusto Roa Bastos, hoy de 83 años, se introduce en la conversación:

Todos los recursos del disimulo son necesarios para ocultar las taras del exilio (...) dejó de ser hace tiempo el mal de un país. Es una plaga universal. La humanidad entera vive en exilio. Efectivamente, es la peor de las enfermedades que puede atacar al ser humano. El contacto con otros apestados no hace más que agravarla. No es sólo la consunción del cuerpo y del espíritu; es la degradación moral que un individuo puede sufrir a límites extremos...⁷

Maurice Godelier le responde a Roa Bastos:

*Estamos, efectivamente, en una sociedad cuyo funcionamiento mismo separa a los individuos unos de otros, los aísla incluso en su propia familia y sólo los promueve oponiéndolos entre sí. Estamos en una sociedad que libera, como ninguna otra lo ha hecho, todas las fuerzas y potencialidades que dormitan en el individuo, pero que empuja también a cada individuo a des-solidarizarse de los demás haciendo uso de ellos.*⁸

Los ancianos, avanzando hasta constituirse en mayorías de minusválidos pasivos, son hoy exiliados internos. Exiliados en su propio territorio, en su propia familia, en su propio ser que se resiste a seguir siendo asujetao y que en la utopía concretada y retrospectiva de sus vidas, encuentra, tal vez, vigor y sosiego. Tal vez por aquello de que: *“el recuerdo del pasado es todo el futuro que nos queda”*.

Bobbio, una vez más, nos aporta:

El mundo de los viejos, de todos los viejos es, de forma más o menos intensa, el mundo de la memoria. Se dice: al final eres lo que has pensado, amado, realizado. Yo añadiría: eres lo que recuerdas. (...) Concéntrate –recomienda a los viejos exiliados–. No disipes el poco tiempo que te queda. Vuelve a recorrer tu camino. Te servirán de ayuda los recuerdos. Pero los recuerdos no afloran si no vas a desanidarlos en los rincones más remotos de la memoria. (...) En la remembranza te encuentras a ti mismo, tu identidad. (...) Al visitar los lugares de la memoria se agolpan a tu alrededor los muertos cuya tropa resulta más numerosa cada año. La mayoría de los que te han acompañado te han abandonado. Mas no puedes borrarlos como si nunca hubieran existido. En el momento en que los llamas a tu mente los revives, al menos un instante, y ya no están muertos del todo, no han desaparecido completamente en la nada...⁹

Uno de los conceptos más importantes en la epidemiología sociocultural es la relación directa entre estatus socioeconómico y salud. Ha sido observado desde 1960 que la gente de menor nivel socioeconómico o minorías étnicas tiene menos expectativas de vida y que son ellos –especialmente los mayores– quienes sufren desproporcionadamente las enfermedades, por la falta de acceso a la llamada “igualdad de oportunidades”, sumada al estrés que la exclusión social produce.¹⁰

Maurice Godelier, inmiscuyéndose, exclama: *“Sobre hechos insoslayables como éste, nuestra sociedad, sin embargo, tiende a guardar silencio”*.

Hoy los viejos llueven, la vejez es la nuestra y nos fuerza a romper el silencio.

Se nos aparece, en esta conversación que virtualmente estamos manteniendo, la imagen del anciano, no ya como una persona, sino como un ser que devino pueblo. Cada mayor es una aldea preñada de múltiples atravesamientos temporales que nos demandan un método etnográfico para escuchar y registrar, comprender y atender. Es decir, prestar atención a: *qué se*

siente, se necesita y se vive en esos peculiares intermundos de la cotidianeidad que cada mayor representa.

Atender a un mayor, pensar en qué necesita, no es comprenderlo. Compartir su exilio y su utopía, ampliar los horizontes de escucha y los campos de mira en los territorios siempre vigentes de la necesidad y el deseo son los espacios que se abren a la intervención geroantropológica.

Lograr la mayor precisión fenomenológica en las valoraciones geriátrico-gerontológicas hará de cada mayor, de cada uno de nosotros, seres más valorados.

III. Metodológicas

La antropología es la primera de las ciencias sociales en ocuparse del ciclo evolutivo de manera completa. El conocido esquema etnográfico: relevar, desde la cuna hasta la tumba.

Como siempre, al buscar el lugar del padre que justifique la inscripción en una cierta ley primera, también en este caso es posible encontrarlo. Desde los trabajos de Heródoto en adelante, la tarea etnográfica relevó los territorios y las simbólicas propias de niños, jóvenes, hombres, mujeres, prostitutas, mayores, antepasados, héroes y dioses.

A partir del siglo XIX, desde la antropología se comenzó a sistematizar, también, los aspectos biológicos –anatomofisiológicos– de los distintos pueblos y de las diferencias bioculturales existentes en los estadios del ciclo humano.

Surge de tal manera la antropología como una disciplina de *bridging*, establecedora de nexos entre la biología y las ciencias sociales, las ciencias exactas y la reflexión filosófica.

Como disciplina eminentemente comparativa su enfoque ante la aparente homogeneización global de las sociedades de alta complejidad permite encontrar las diferencias y las semejanzas entre las necesidades, los deseos, los universos simbólicos y las limitaciones materiales y corporales.

Nuevamente Godelier participa:

Fundamentalmente nuestros análisis nos llevan a concluir que ninguna sociedad humana sabría existir sin la presencia de dos dominios: el dominio de los intercambios –independientemente de lo que se intercambie y de la forma en que se lo haga– y otro dominio donde los individuos y los grupos conservan preciosamente para sí cosas, relatos, nombres y formas de pensamiento que posteriormente transmiten a sus descendientes o a quienes comparten su misma fe. Pues lo que se guardan son siempre realidades que desplazan a los individuos y a los grupos hacia otro tiempo, y que los colocan de nuevo frente a sus orígenes. Es a partir de esos puntos de anclaje, de esas realidades, fijadas en la naturaleza de las cosas, que se construyen y se despliegan identidades, individuales y colectivas.¹¹

Es en el orden teórico de esos dos dominios –el de los intercambios y el de las simbólicas– donde se producen los desórdenes y las rupturas, donde se filtran los componentes caóticos con sus momentos de interdependencia e impermanencia, de turbulencias e incertidumbres. Es decir, el movimiento de lo vital y el desorden que lo acompaña ineluctablemente. Aquí se inscriben con particular vigor los territorios múltiples de la vejez con sus órdenes y desórdenes, sus inclusiones y exclusiones, sus enfermedades y las posibles –por concretas– direcciones de la cura y la prevención.

George Balandier interviene al respecto:

La administración del movimiento y por consiguiente, del desorden, no puede reducirse a una acción defensiva, a una operación de restauración, a un juego de apariencias que sólo impondrían efectos de orden en la superficie. Más aún que en los períodos apacibles, es una conquista, una

creación constante que orienta los valores jóvenes, una ética nueva y en gran medida compartida. (...) Encuentro aquí una conclusión ya propuesta no hace mucho: hacer partícipe de manera continua la gran cantidad de actores sociales en las definiciones –que deben retomarse siempre– de la sociedad, reconocer la necesidad de su presencia en los lugares donde se forman las elecciones que la producen y donde se engendran los elementos de su significación. Dicho de otro modo, hacer el elogio del movimiento, disipar los temores que inspira y, sobre todo, no consentir jamás que se aproveche el miedo confuso que produce.¹²

Ante el *puzzle* multiétnico en el que se están constituyendo las sociedades complejas, el enfoque geroantropológico se centra en explicitar y tender a superar las contradicciones y conflictos inherentes a la existencia de grupos culturales diversos.

Los mayores participan de tiempos sociales y mentales simultáneamente heterólogos en los cuales se asientan distintos niveles de conflicto, realización o desrealización. Las temporalidades diversas determinan –en un mismo territorio y en una misma sincronidad cronológica– distintos sistemas de creencias, horizontes de sentido y marcos valorativos. Centrados todos ellos en el envejecer, el enfermar, los modos del curar y las diversas modalidades del vivir, así como también las maneras del morir, del acompañar y del paliar.¹³

La construcción de las redes intersubjetivas y los sistemas simbólicos pertinentes se asentarán en esos *tiempos concretos* de los distintos grupos culturales, subculturales, familiares o individuales.

Dentro de la atención médica, el sistema comunicacional del anciano presentará dos niveles: el homogeneizado y el particular. En el primero se expresará la demanda de atención, en el segundo *lo vivido y sentido como propio* e inalienable del sufrir de este ser. La comprensión real, la atención plena, nos exige –geroantropológicamente– tener en cuenta el *tiempo concreto* en el que se asienta la historia individual, vincular y cultural de cada paciente, donde el anciano enraíza su identidad y desde donde nos expresa sus necesidades.¹⁴

El estado de la teoría social sobre el envejecimiento es amplio en la actualidad. Complejo y transversal, necesariamente transdisciplinario, gesta saberes sobre las metamorfosis corporales y sus efectos sociales y simbólicos.

Sin embargo, durante las últimas décadas, la relación entre la teoría general de las ciencias sociales y la teoría del envejecimiento fue un camino de una sola mano. Generalmente la segunda moldeaba los saberes de la primera. De aquí una gerontología social fácilmente predecible y poco comprometida con alternativas más ricas, no sólo de comprensión sino también de producción teórica. El énfasis sobre las perspectivas y enfoques etno-metodológicos, basados entre otros en la biografía total, en el relevamiento de las temporalidades específicas dentro del marco global sociohistórico está generando corrientes teóricas que comienzan a fluir en direcciones opuestas al hasta hace poco *camino único*.¹⁵

La postmodernidad ya instalada en los pliegues de las ciencias sociales realiza aportes provocativos. Induce a hablar desde otros lugares. Refuta en el terreno del envejecimiento convenciones metodológicas, rechaza compromisos epistemológicos, se resiste al *racionalismo instrumental*, pero rescata saberes hasta ahora marginados por la *Gran Teoría*. Al mismo tiempo, cuestiona todas las posiciones que puedan *oler a pensamiento único* y, además, descarta o critica hasta el núcleo denso, las recomendaciones políticas estándar.

Su crítica ética a la modernidad consumada pone como nunca de relieve el peso de los márgenes. De los *al margen*. Así se instala en la comunidad científica internacional la discusión sobre *envejecimiento diferencial* y exclusión social.

Cohen, en base, no sólo a sus enfoques, sino a la sistemática aplicación de la etnometodología al conocimiento de la vejez, y en una decidida revisión, asume la paternidad del término *geroantropología*.¹⁶

El principal aporte de la geroantropología a la geriatría y gerontología se podría hallar en la cultura como fuerza organizadora de los comportamientos y

de su insoslayable importancia en la evolución biológica. De allí la nueva riqueza conceptual de estos análisis.

La geroantropología encuentra su posicionamiento dentro de la antropología médica. Entendiendo por tal a la disciplina que se ocupa de los aspectos biológicos y socioculturales de la conductas humanas y de la forma en que interaccionan para influir sobre la salud y los modos del enfermar.

Las edades delimitan territorios. La vejez y la niñez son las más acotadas y asujetas en nuestras sociedades. En estos campos, más que en ningún otro, las teorías actúan como marcos interpretativos de los ritos de pasaje y la simbolización de sus crisis.

El trabajo de Michel Foucault¹⁷ –muerto de sida– ha desempeñado un papel singular e inaugural acerca de la posibilidad de realizar estudios en geroantropología. Al considerar el impacto de las políticas públicas, la economía y la gestación de instituciones, por la predominancia que tienen en la construcción social de la vejez. Esta estará referida al cómo los sujetos viven su vejez, es decir una realidad subjetiva, y cómo los poderes y saberes hegemónicos pretenden que sea vivida, es decir, una realidad supuestamente objetiva. Estos desórdenes nutren el campo de la intersubjetividad social.

Trayectoria de saberes, discursos y acciones concretas que se expresan, se cuentan y se tipifican en esos cuerpos viejos, no ya –a pesar de ingentes esfuerzos politicoeconómicos– residuos extrahistóricos, invariables en su decrepitud y pacientemente enmudecidos. Son dichas corporalidades tan *legibles o interpretables* tanto en su presencia indeseada como en sus muchas veces *deseada* ausencia.

...el cuerpo al que nos referimos no es un objeto hipostasiado, menos aún, un simple mecanismo biológico de deseos y necesidades determinados, sobre los que se actúa desde fuera mediante controles y estímulos, sino una relación dentro de un sistema de conexiones que

son materiales, discursivas, psíquicas, sexuales (...) Convendría hablar de una especie de "corporalidad" y no de "el cuerpo". Es la instancia de una sutura de discurso y deseo para el organismo (...) Este cuerpo no es un residuo extrahistórico, invariable y mudo; es tan codificable y decodificable, tan inteligible en su presencia y en su ausencia como cualquiera de los objetos históricos que se suele reconocer como tal. Ellos representan el emplazamiento de una operación de poder, de un ejercicio de significado.¹⁸

Foucault centra tales procesos histórico-biológicos en el ámbito de la bio-política, entendiendo por ella la comprensión interdisciplinar de los efectos del poder, sus relatos, mecanismos y dispositivos a través de los diversos ordenamientos socioculturales cuyo objeto especial de control son los cuerpos humanos. En nuestro interés, el de los mayores.

La geroantropología, en tanto relevamiento sistemático situado en tiempos y espacios específicos, pretende recuperar series históricas en las cuales se fueron ensamblando diversos saberes y concretas prácticas de sujeción sobre las poblaciones mayores.

Se trata de indagar el articulado de conocimientos eruditos sobre la vejez –científicos, legales y politicoeconómicos– con los saberes y las memorias particulares, locales y regionales. Saberes, éstos, generalmente descalificados por no competentes, insignificantemente elaborados. Saberes ingenuos por ser su jerarquía popular, relatos de los márgenes. Saberes cotidianos de viejos y moribundos. Son como los saberes del loco, del criminal, del niño abandonado, del indio o del extranjero indeseado. Dicho de manera más débil, los saberes de la gente común y de los marginados o excluidos.

Desde este enfoque la geroantropología realiza la recuperación sistemática de las pequeñas y múltiples historias de la vejez cotidiana, confrontada con las normas, meta-relatos y discursos centralizadores y uniformantes de las instituciones encargadas de disciplinar la vejez. Aquellas que producen y reproducen los sentidos y efectos del poder en manifestaciones corporales

específicas y tipificables; así como también concretos contenidos de conciencia, *rastreables* bajo la forma de actitudes, intereses y opiniones de los viejos y acerca de ellos.

El enfoque antropológico nos conduce a través de las *señas, las marcas y las huellas* de efectos indeseados acumulados a lo largo de los procesos históricos en territorios geográficos específicamente determinados. Desvíos no absorbidos por el poder disciplinar de turno. En el caso de la geroantropología es el médico hegemónico, pautado por el político-económico.

Las patogenias seniles serían, en parte, expresión anatomopolítica de las tensiones producidas por crisis históricas no resueltas, así como también por *sometimientos estructurales*, sistemáticamente enmascarados por las lógicas dominantes. Desde ellas se articulan las decisiones perversas que especifican –implícita o explícitamente– quiénes serán los beneficiados, quiénes quedarán incluidos en los márgenes de una cierta atención y quiénes serán excluidos de ella.

Poder acceder así a una historia política del enfermar, del curar y del morir en la vejez nos posibilitará superarla creativamente.

IV. Fenomenológicas

Hay que pasar esas noches y proseguir el análisis sin temor, pero también sin creer que hemos resuelto el problema.

Se trata de actuar aceptando la relatividad de los resultados del análisis, sin ningún tipo de certeza, se trata de asumir los riesgos con toda humildad. Por eso ya no es posible afirmar la existencia de soluciones-milagros ni la indiscutible pertinencia de la opción tecnocrática, y esta desintegración de las viejas evidencias abre espacios inéditos a la creatividad y a la imaginación.¹⁹

Los mayores desafíos comportamentales de adaptabilidad y compromiso orgánico, con la mayor constancia de problemas psicofísicos son los que se dan en ambos polos de la escala etaria: infancia y vejez. Esta última le plantea a los individuos nuevos problemas de adaptación por el enfrentamiento con nuevas condiciones físicas de vida, cambios en la percepción del cuerpo vivido con diferentes niveles de ansiedad, modificaciones afectivo-emocionales y socio-vinculares.

Después de todo, por el simple hecho de haber vivido un largo período los ancianos ya han demostrado la eficacia personal en sus repertorios de supervivencia.

A diferencia del recién nacido quien enfrenta una doble herencia –los factores genéticos y la particular situación y características del medio social y ambiental en el que nace– las personas de edad avanzada deben enfrentar una triple portación hereditaria: sus factores genéticos y su relación socio-ambiental y además su historia personal, la manera de haberla vivido, las opciones con las que la vida los enfrentó, sus alegrías y tristezas.

La salud integral de las personas mayores es una compleja matriz de interacciones y convergencias físicas, psíquicas, sociales y espirituales.

Por ello, los programas que se desarrollen deben preparar para la aventura mental, física y afectiva el viaje por esta etapa de la vida. No basta con atender o cuidar el cuerpo comprendiendo mejor su funcionamiento, sino además posibilitar la mayor independencia, autonomía y creatividad que los saque de la temida rotulación de *pasividad*, es decir, la percepción real o fantaseada de exclusión social.

La pensadora francesa Simone de Beauvoir –dando la espalda siempre a las convenciones– nos propuso, hace varias décadas atrás, la radical actitud a tomar en torno de la vejez:

La sociedad sólo se preocupa del individuo en la medida en que produce. Los jóvenes lo saben. Su ansiedad en el momento en que abordan la vida social es simétrica a la angustia de los viejos en el momento en que quedan excluidos. Entretanto, la rutina enmascara los problemas. El joven teme esa máquina que va a atraparlo, trata a veces de defenderse a pedradas; el viejo, rechazado por ella, agotado, desnudo, no tiene más que ojos para llorar. Entre los dos la máquina gira, trituradora de hombres que se dejan triturar porque no imaginan siquiera que puedan escapar. Cuando se ha comprendido lo que es la condición de los viejos no es posible conformarse con reclamar una “política de la vejez” más generosa, un aumento de las pensiones, alojamientos sanos, ocios organizados. Todo el sistema es lo que está en juego y la reivindicación no puede sino ser radical: cambiar la vida.²⁰

Envejecer es vivir una etapa vital que requiere de un entrenamiento en la amplia gama de posibilidades que la misma brinda, ponderando con lucidez oportunidades, posibilidades y riesgos. Sobre todo, la lucidez para tejer lazos afectivos y establecer espacios, donde el compartir y el producir permitan elaborar las capacidades que se pierden y las nuevas alternativas que se abren.

De tal manera, las dificultades físicas de la edad, enfermedades o discapacidades se aceptarán, controlarán y prevendrán, si se logra brindar una asistencia integral médico-psicosocioterapéutica y espiritual que contemple la multidimensionalidad vital de la vejez.

La compleja interacción mencionada entre los factores extrínsecos e intrínsecos es sin duda diferente para cada individuo. Por ello la necesidad de plantear y estar atentos a la noción de “envejecimiento diferencial”. El proceso de diferenciación entre los seres humanos se continúa a lo largo de la vida, determinando específicos “estilos”, con sus ritmos, cargas valorativas y sistemas de creencias.

La epidemiología gerontológica actual, si bien nos pone un límite con respecto a la prolongación de la vida y a los aspectos relacionados con la incapacidad entre los ancianos propios de los aspectos intrínsecos, nos señala,

en cambio, que modificando los factores extrínsecos, podemos aumentar la proporción de la población que es capaz de aprovechar y desplegar al máximo su potencial genético de longevidad en ausencia de incapacidades psicológicas, sociales y espirituales.

Las enfermedades tienden a presentarse cada vez más tarde en el curso de la existencia. Permanece sin embargo, un lapso de tiempo aún considerable entre el momento en que sobreviene un problema de salud grave y/o invalidante y el momento del deceso. Esto resulta porque el incremento de la *esperanza de vida* ha sido significativamente mayor que el incremento de la *esperanza de vida en salud* o que el incremento de la *esperanza de vida libre de invalidez*.

Los cambios positivos relacionados con la *actividad y el protagonismo*, que se produzcan en los específicos "*estilos de vida*", se correlacionan con la esperanza de vida libre de enfermedad invalidante.

El envejecimiento –desencorsetado de los prejuicios y estereotipos conocidos como *senilismo*– no tiene por qué conducir a un declive irreversible. Los ancianos no están predeterminados a comportamientos deficitarios. La historia o el tiempo invertido en desarrollar determinadas conductas no influyen en la capacidad de cambios comportamentales de los individuos mayores.

La posibilidad de aprendizaje –si bien diferente en sus motivaciones a las de los jóvenes– mantiene abierta la totalidad del ciclo vital. Depende de las estrategias y los dispositivos pedagógicos que se diseñen especialmente para ello.

El cambio en el último período de la vida es multidireccional. Diferentes aspectos de la conducta se manifiestan en diversos sentidos. Aquí cada persona *marca la diferencia*, que hace que cada uno de nosotros sea "*una historia dentro de la historia*". Por consiguiente, no existe un patrón único o estándar de envejecimiento, más sí encontramos una clave operativa fundada en la diversidad, en la plenitud y en la calidad del vivir.

El importante estudio longitudinal de Baltimore demuestra que con el transcurso de los años se pierden neuronas de manera continua, sin embargo, como respuesta, las células que permanecen siguen con un vigoroso crecimiento, añadiendo nuevas dendritas y estableciendo también nuevas interconexiones, con lo que se contribuye a preservar las capacidades de pensamiento y la memoria.

En la misma investigación se comprueba que, a pesar de las pérdidas físicas inflingidas por los años, nuestro cuerpo es sorprendentemente resistente. *En síntesis: tenemos la capacidad de desarrollarnos y adaptarnos –incluso en áreas como las cerebrales– hasta el fin de nuestra existencia*, desmintiendo así las teorías que negaban la posibilidad de crecimiento alguno después de la madurez.²¹

Martin Buber aporta una clave importante al recordar aquella ciudad alemana en la que se encontró con el caballero de los rizos plateados, un hombre justo, al cual:

Durante los últimos años, años de guerra, la realidad se le había aproximado tanto que todo lo veía con nuevos ojos y debía pensarlo todo en una nueva forma. Ser viejo es cosa gloriosa cuando no ha olvidado el significado de *comenzar*; este anciano quizá lo había aprendido a fondo por primera vez en su vejez. No era de ninguna manera joven, mas era viejo de una manera joven, pues sabía cómo comenzar.²²

En revisiones recientes, los especialistas han resumido y sistematizado el conjunto cada vez mayor de investigaciones que señalan que el aumento de la autonomía, la capacidad de decisión, el sentimiento de pertenencia, y el incremento de la cooperación solidaria de los ancianos influyen sobre el bienestar físico y las capacidades de rehabilitación.

Se deben salvaguardar los derechos del anciano en prácticas efectivas, gracias a las cuales no pierdan el interés por las satisfacciones de la vida en su conjunto, incorporados a la realización de ocupaciones de servicio –físicas, intelectuales, artísticas, recreativas, religiosas o solidarias– de acuerdo con sus

capacidades, habilidades, destrezas, creencias y saberes para que el resto de la sociedad siga beneficiándose de su experiencia, la cual deberá definitivamente integrar el *“patrimonio intangible”* de la cultura e historia de nuestras regiones.

V. Tribulaciones

Reconocer al viejo, aceptar el envejecimiento en nosotros, implica reconocer metamorfosis inquietantes. No se le teme tanto a la desaparición física como a la progresiva modificación de nuestro esquema corporal. La otredad del anciano presentiza la molesta cercanía, no ya del otro cultural, sino de la tan temida degradación corporal, como lo pone de manifiesto Turner:

Nuestra corporificación requiere constantes y continuas prácticas de trabajo corporal, por medio del cual mantengo y presento de forma constante a mi cuerpo en un marco social en donde mi prestigio, persona y status giran todos de manera fundamental alrededor de mi presencia corporificada en el espacio social significativo (...) debo emprender la creación de un rostro y la reparación corporal con el fin de evitar las peligrosas consecuencias de la turbación y del mal comportamiento. Mi rostro, tanto física como metafóricamente, es fundamental para mi presencia social y mi prestigio individual. La estigmatización de mi persona obra a su vez en el nivel de la degradación corporal.²³

Es este largo trabajo descrito para el mantenimiento de mi imago fantaseada, por deseada tan difícil de alcanzar; tarea minuciosa, cotidiana y obsesiva como la talla y limpieza de un relicario, el que los viejos con su mera y silente presencia dismantelan en un solo acto. Espejos que si no son aceptados en su puntual y concreta manifestación, en su reflejar y anticipar, se tornan francamente amenazantes. Los viejos y las viejas se transforman, entonces, en verdaderas máquinas especulares de deformar a quienes aún no lo son.

Los viejos devienen entonces en amenaza para los más jóvenes en tanto representan, para éstos, el pasado que no termina de pasar y el futuro que quieren denegar. Ellos son vividos como portadores de cargas de memorias

densas y experiencias registradas en sus propios cuerpos opacos, que como marcas o cicatrices anticipan que –por más reparadoras que sean las plásticas cirugías, muecas siliconadas o cosméticas mascaradas– la vida siempre avanza sobre los espacios que le son propios, y los cuerpos no le son ajenos.

La naturaleza casi siempre termina recuperando territorios simbólicos a través de las enfermedades, los ocasos vitales y las muertes para ser reciclados nuevamente por la cultura a través de miríadas de procesos mitopoéticos, que de una manera u otra reclaman por alguna forma de trascendencia. Contradanza en la cual la naturaleza, desde la aparición del hombre, perdió la libertad de sus amaneceres. Convertidos a partir de tal suceso en telones de fondo para las ya inextinguibles simbólicas.

Son frecuentes ciertos decires que dicen:

–Es que los viejos son feos, abandonados, sucios ¡Sí hasta tienen olor!
 –¡Cierto! Es por ello que Cacciari debe haber escrito que...
 “El más feo” debe permanecer escondido, desterrado, atrapado. Su presencia revelaría en qué condiciones puede vivir el último hombre. La “pequeña gente” que tiene ahora el poder, (...) bien protegida por su bella piel y por su buen sentido, persigue “al más feo”, lo odia, lo rechaza, ya que para vivir debe remover la propia imagen. Pero no es la persecución lo que lo angustia, ésta, más bien lo hace feliz: él conoce y casi comparte el motivo de la misma. Lo que le resulta insoportable es la compasión de aquel “zumbido” de grises, pequeñas olas, voluntades y almas.²⁴

Tal vez, tenga también que ver con lo que aporta Remo Bodei con respecto a que muchas situaciones de la vida individual, como la muerte, la vejez, las enfermedades o los dolores, hoy en día...

son íntimamente juzgadas como irredimibles, debido a que no pueden ya seriamente ser consideradas como rescatables ni en un más allá religioso, en una condición de beatitud celestial, ni en un futuro laico de relativa satisfacción terrenal, mediante el advenimiento de una sociedad

nueva carente de conflictos radicales. La transformación “alquímica” de lo negativo, la redención de los sufrimientos del presente a través de las promesas del futuro, han llegado a ser escasamente creíbles y practicables. A veces esto provoca una suerte de implosión en el arco de la existencia individual, sustraída a la esperanza pero no al temor; otras veces, eso que los moralistas llaman un aclimatarsse del “cinismo”; y otras, finalmente, un comportamiento más sobrio y eficaz que, renunciando a la exportación de lo que es más importante a un más allá temporal o ultraterrenal, opera para reconstruir un tejido simbólico e institucional acorde con las nuevas condiciones y aspiraciones.²⁵

La vejez molesta y hasta repugna porque tal vez nos incita a pensar la gran diferencia, nos exige no sólo actualizar el cómodo –por abstracto– filosofar sobre la muerte, que siempre será la del otro, pues como decía Freud la mía es irrepresentable. Nos demanda con su simple presencia filosofar sobre nuestras propias e insoslayables metamorfosis.

No podía faltar en estas disquisiciones Simone De Beauvoir, quien intempestivamente acotó:

*...en efecto, más que la muerte es la vejez lo que hay que oponer a la vida. Es su parodia. La muerte transforma la vida en destino; en cierta manera la salva confiriéndole la dimensión de lo absoluto: “Tal como en sí mismo al fin la eternidad lo cambia”. Suprime el tiempo. Los últimos días de ese hombre a quien se entierra no tienen más verdad que los otros; su existencia se ha convertido en una totalidad cuyas partes están igualmente presentes en la medida en que nada se apodera de ella. (...) Pero cuando tenía 80, el presente vivido obliteraba el pasado. Esa supremacía es entristecedora en los casos –casi todos– en que el presente es una degradación o incluso un desmentido de lo que ha sido. Los acontecimientos pasados, el saber adquirido, conservan su lugar en una vida extinguida: han sido. Cuando el recuerdo se desmenuza, se hunde en una noche irrisoria: la vida se deshace punto tras punto como un pullover usado, dejando en las manos del anciano sólo pedazos de lana informes.*²⁶

VI. Despedida a tres voces

Estos viejos siempre me maravillaron. ¿Cómo se las han arreglado para pasar entre tantos peligros, llegando sanos y salvos a una edad tan tardía? ¿Cómo no acabaron bajo un automóvil, cómo pudieron superar las enfermedades mortales, cómo evitaron una teja, una agresión, un choque de trenes, un naufragio, un rayo, una caída, un disparo de revólver?... ¡Realmente a estos viejos debe protegerlos el diablo! Algunos todavía se atreven a cruzar despacito la calle, ¿Es que están locos?, pregunta Campanile.²⁷

Bobbio le contesta:

*Estoy loco. Cada vez más tambaleante, con las piernas cada vez más débiles, apoyándome en el bastón, y en el brazo de mi mujer, sigo cruzando la calle (...) El tiempo apremia. Debería acelerar el movimiento para llegar a tiempo y en cambio me doy cuenta día tras día de que me veo forzado a moverme más lentamente. Empleo más tiempo y tengo menos. Me pregunto, preocupado: ¿Lo lograré?.*²⁸

Yo no lo sé. Lo intento escribiendo, escribiéndote y recordando...

Dime amiga ¿Qué sucede hoy?
han florecido los almendros,
los cerezos no se han demorado.

Será por tales eventos
que los flamencos,
todos de rosa
todos en vuelo
danzan hoy en el golfo gris,
como grises danzan
y se entretejen nuestras canas
en la hollada costa,
en la costa serena de nuestro andar.

Amiga de siempre,
amiga de andar por caminos de viento
escuchando el llanto...
el llanto de los silencios.

Mi abuelo francés antes de morir de plenos 99 años, en la antigua casona –ni solariega ni blasonada– debajo de un viejo árbol de laurel, luego de un intenso silencio me sonrió y recitó un querido *verso* de su paisano Baudelaire...

O Mort, vieux capitaine, il est temps! Levons l'ancre!

Ce pays nous ennuie, o Mort! Appareillons!...

Pocos días después fue inhumado en el Cementerio de Flores, su tumba cavada exactamente debajo de un enorme árbol de paraíso. Desde entonces sé donde está.

Notas

¹ Lobo Antunes, Antonio, *Manual de inquisidores*, Madrid, Ediciones Siruela, 1998, pág. 63.

² Op. cit. págs. 51-52.

³ Illich, I., *Medical Nemesis*, Londres, Slader & Bovards, 1975, pág. 175.

⁴ Cacciari, M., *El Archipiélago. Figuras del otro en Occidente*, Bs. As., Eudeba, 1999, pág. 113.

⁵ Morin, Edgar, *Mis demonios*, Barcelona, Kairós, 1995, pág. 272

⁶ Bobbio, Norberto, *De senectute y otros escritos biográficos*, Madrid, Taurus, 1997. pág. 44.

⁷ Roa Bastos, Augusto, *El fiscal*, Madrid, Alfaguara, 1994.

⁸ Godelier, Maurice, *El enigma del don*, Barcelona, Paidós, 1998. pág. 298.

⁹ Bobbio, Norberto, op. cit. pág. 42

¹⁰ Williams, A. R., *Socioeconomic differentials in health: a review and redirection. Social Psychology Quaterly*, Palo Alto, 1990, 53:81-99.

¹¹ Godelier, M., op. cit. pág. 285.

¹² Balandier, George, *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales*. Barcelona, Gedisa, 1990, pág. 237

¹³ Sala, Arturo, *Comunidad terapéutica: "la experiencia Roballos"*, Cuadernos de psicología concreta, Buenos Aires, 1970, 3:23-41.

¹⁴ Sala, A., op. cit.

¹⁵ Marshall, V., *The state of theory in aging and the social sciences*. Binstock, R.H.ed. Handbook aging and the social science, San Diego, Academic Press, 1996, p. 12-30.

¹⁶ Cohen, L., *Old Age: Cultural and critical perspective*. Annual review of anthropology. Palo Alto, 1994, 23: 138-158.

¹⁷ Foucault, Michel, *Dits et écrits 1954-1988*, Paris, Gallimard, 1994, V.4.

¹⁸ Barker, F., *Cuerpo y temblor: un ensayo sobre la sujeción*. Buenos Aires, Per Abbat, 1984, págs. 16-17.

¹⁹ Lavigne, J. C., *El prójimo lejano. Una espiritualidad de la solidaridad internacional*, Santander, Sal Terrae, 1990, pág. 27.

²⁰ De Beauvoir, S., *La vejez*, Bs. As. Ed. Sudamericana, 1970, pág. 650.

²¹ Shock, N. W., Greulichich, R. C. y otros, *Normal human aging. The Baltimore Longitudinal Study of Aging*. Washington, D.C., NIH Publication,, 1991, págs. 84-250.

²² Buber, M., *Eclipse de Dios. Estudios sobre las relaciones entre religión y filosofía*, Bs. As., Nueva Visión, 1970, pág. 12.

²³ Turner, B, *El cuerpo y la sociedad. Exploraciones en teoría social*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, pág. 13-14 .

²⁴ Cacciari, M, op. cit. pág.135.

²⁵ Bodei, R., *Libro de la memoria y de la esperanza*, Bs. As., Losada, 1998, pág. 14.

²⁶ De Beauvoir, S., *La vejez*, Bs. As., Sudamericana, 1970, pág. 644.

²⁷ Campanile, A., *Opere*, Milán, Bompiani, vol. II, 1989, págs. 1470- 71.

²⁸ Bobbio, N., op. cit., pág. 66.